

Alessandro Baricco

NOVECIENTOS

Traducción de  
JOSÉ LUIS NARVAJA

Buenos Aires

2006

Sucedía siempre que a un cierto punto uno levantaba la cabeza ... y la veía. Es una cosa difícil de entender. Quiero decir ... Éramos más de mil en aquel barco, entre ricachones de vacaciones, inmigrantes, gente extraña, y nosotros ... Y sin embargo había siempre uno, uno solo, uno que primero ... la veía. Tal vez estaba allí comiendo, o paseándose simplemente sobre el puente ... tal vez se estaba acomodando los pantalones ... alzaba la cabeza un momento, echaba una mirada hacia el mar ... y la veía. Entonces se quedaba duro, allí donde estaba, se le aceleraba el corazón, y siempre, todas las malditas veces, lo juro, siempre, se volvía hacia nosotros, hacia el barco, hacia todos y gritaba (*suave y lentamente*): América. Después se quedaba allí, inmóvil como para sacarse una foto, con la cara de quien la hubiera hecho él, a esa América. A la noche, después del trabajo, y los domingos, ayudado por el cuñado, albañil, muy buena persona ... antes tenía en mente algo en madera terciada, pero después ... le tomó un poco la mano, e hizo América ...

Aquél que ve primero América. En cada barco hay uno. Y no debemos pensar que sean cosas que suceden por casualidad, no ... y ni siquiera por una cuestión de dioptrías, es el destino. Esa es gente que desde siempre tenía aquel instante estampado en la vida. Y cuando eran niños podías mirarlos a los ojos, y si mirabas bien, ya la veías, América, ya, allí, lista a saltar, a deslizarse por los nervios y la sangre y qué sé yo, hasta el cerebro y desde allí a la lengua, hasta dentro de aquel grito (gritando), AMÉRICA, ya estaba, en aquellos ojos, de niño, toda, América.

Allí esperando.

Esto me lo enseñó Danny Boodman T. D. Lemon Novecientos, el más grande pianista que haya tocado alguna vez sobre el Océano. En los ojos de la gente se ve aquello que verán, no aquello que han visto, decía: aquello que verán.

Yo he visto muchas Américas ... Seis años sobre aquel barco; cinco, seis viajes por año, de Europa a América ida y vuelta siempre en remojo sobre el Océano, cuando bajabas a tierra no lograbas ni siquiera pisar derecho en el baño. Él estaba derecho, él, pero vos, vos seguías bamboleándote. Porque de un barco se puede bajar: pero del Océano ... Cuando subí tenía diecisiete años. Y había una sola cosa que me importaba en la vida: tocar la trompeta. Así cuando corrió la historia de que buscaban gente para el piróscafo *Virginian*, allá en el puerto, me puse en la cola. La trompeta y yo. Enero de 1927. Ya tenemos músicos, dijo el tipo de la Compañía. Lo sé, y me puse a tocar. Él se quedó mirándome sin que se le moviera un músculo. Esperó a que terminara sin decir una palabra. Luego me dijo:

“¿Qué cosa es?”

“No lo sé.”

Se le iluminaron los ojos.

“Cuando no se sabe qué cosa es, entonces es jazz.”

Luego hizo una cosa extraña con la boca, tal vez era una sonrisa, tenía un diente de oro justamente aquí, así en el centro que parecía lo hubiera puesto en exposición para venderlo.

“Se vuelven locos por esa música, allá arriba.”

Allá arriba quería decir en el barco. Y aquella especie de sonrisa quería decir que me habían contratado.

Tocábamos tres, cuatro veces al día. Primero para los ricos de la clase de lujo, y luego para los de la segunda, y cada tanto se iba a aquellos pobres inmigrantes y se tocaba para ellos, pero sin el uniforme, así como venía, y cada tanto tocaban también ellos con nosotros. Tocábamos porque el Océano es grande y da miedo, tocábamos para que la gente no sintiera pasar el tiempo, y se olvidara dónde estaba y quién era. Tocábamos para hacerlos bailar, porque si bailás no podés morir, y te sentís Dios. Y tocábamos ragtime, porque es la música con la que baila Dios, cuando nadie lo ve.

Con la que Dios bailaba, si sólo era negro.

*(El actor sale de escena. Comienza una música dixie, muy alegre y sustancialmente idiota. El actor regresa vestido elegantemente de jazzman de piróscabo. De aquí en adelante se comporta como si la band estuviera, físicamente, en escena)*

Ladies and Gentlemen, meine Damen und Herren, Señoras y Señores ... Mesdames e messieurs, bienvenidos a este barco, a esta ciudad flotante que asemeja en todo y por todo al *Titanic*, calma, quédense sentados, el señor allá se ha tocado, lo vi, bienvenidos al Océano, a propósito ¿qué hacen aquí? Apuesto a que tenían los acreedores a los talones, tienen unos treinta años de retraso en la fiebre del oro, querían ver el barco y después no se dieron cuenta de que había partido, salieron un momento a comprar cigarrillos, en este momento sus mujeres están en la policía y dicen que era un hombre bueno, normalísimo, en treinta años nunca

una pelea ... En definitiva, ¿qué diablos hacen acá, a trescientas millas de cualquier mundo y a dos minutos del próximo ataque de vómito? Pardon madame, bromeaba, tenga confianza, este barco va como una bola en el billar del Océano, *tac*, aún seis días, dos horas y cuarenta y siete minutos y *plop*, entró en el agujero, ¡New Yoooooook!

*(Band en primer plano)*

No creo que tenga necesidad de explicarles cómo este barco, en muchos sentidos, es una nave extraordinaria y única. Al mando del capitán Smith, conocido claustrofóbico y hombre de gran sabiduría (se habrán dado cuenta de que vive en un bote salvavidas), trabaja para ustedes un staff prácticamente único de profesionales absolutamente fuera de lo común: Paul Sienzinskj, el timonel, ex sacerdote polaco, sensible, cura con las manos, y sin embargo es ciego ... Bill Joung, telegrafista, gran jugador de ajedrez, zurdo, tartamudo ... el médico de abordó, Dr. Klauserman-spitzwegendorfentag, si tienen una urgencia están jodidos ..., pero sobre todo:

Monsieur Pardin,

el chef,

directamente proveniente de París donde además volvió inmediatamente después de haber verificado personalmente la curiosa circunstancia por la cual esta nave está privada de cocina, como notó agudamente, entre otros, Monsieur Camembert, cabina 12, que hoy se ha lamentado por haber encontrado el lavabo lleno de mayonesa, cosa extraña, porque normalmente en los lavabos conservamos los fiambres, esto a causa de la inexistencia de las cocinas, a lo cual se debe, entre otras cosas, la ausencia en este barco de un

Alessandro Baricco

verdadero cocinero, como era Monsieur Pardin, regresado inmediatamente a París de donde venía directamente, con la ilusión de encontrar aquí cocinas que en cambio, para ser fieles a los hechos, no existen y esto por el gracioso olvido del proyectista de este barco, el insigne ingeniero Camilleri, anorético de fama mundial, a quien pido dirijan su más caluroso aplausooooooooooooo ...

*(Band en primer plano)*

Créanme, no van a encontrar otro barco así: tal vez, si buscan por años, encuentren un capitán claustrofóbico, un timonel ciego, un telegrafista tartamudo, un doctor con el nombre impronunciable, todos en el mismo barco, y sin cocinas. Puede ser. Pero lo que nunca les sucederá, pueden jurarlo, es estar allí sentados con el culo sobre diez centímetros de mullido tapizado y cientos de metros de agua, en el corazón del Océano, y ante los ojos el milagro, y en los oídos la maravilla, y en los pies el ritmo y en el corazón el *sound* de la única, inimitable, infinita, ATLANTIC JAZZ BAND!!!

*(Band en primer plano. El actor presenta a los instrumentistas uno a uno. A cada nombre sigue un breve solo)*

En el clarinete, ¡Sam “Sleepy” Washington!

En el banjo, ¡Oscar Delaguerra!

En la trompeta, ¡Tim Tooney!

Trombón, ¡Jim Jim “Breath” Gallup!

En la guitarra, ¡Samuel Hockins!

Y finalmente, en el piano ... Danny Boodmann T. D. Lemon Novcientos.

El más grande.

*(La música se interrumpe bruscamente. El actor abandona el tono de presentador, y, hablando, se quita el uniforme de músico)*

Lo era en verdad, el más grande. Nosotros tocábamos música, él era algo distinto. Él tocaba ... No existía aquello antes de que lo tocase él, ¿okay?, no existía en ninguna parte. Y cuando él se levantaba del piano, no existía más ... y no existiría nunca más ... Danny Boodmann T. D. Lemon Novcientos. La última vez que lo vi estaba sentado sobre una bomba. En serio. Una larga historia ... Él decía: “No estás verdaderamente arruinado mientras tengas una buena historia y alguien a quien contársela.” Él tenía una ... buena historia. Él *era* su buena historia. Una locura, pensándolo bien, pero bella ... Y aquel día, sentado sobre toda aquella dinamita, me la regaló. Porque era su mejor amigo, yo ... En mi vida hice muchas boludeces, y si me ponen cabeza abajo ya no sale nada de mis bolsillos, también la trompeta la vendí, todo, pero ... aquella historia, no ... aquella no la perdí, está aún aquí, limpia e inexplicable como sólo era la música cuando, en medio del Océano, la tocaba el piano mágico de Danny Boodmann T. D. Lemon Novcientos.

*(El actor se dirige detrás de bambalinas. En audio recomienza la band, por el final. Cuando se apaga el último acorde, el actor vuelve a la escena.)*

Quien lo encontró fue un marinero llamado Danny Boodmann. Lo encontró una mañana cuando todos habían

descendido, en Boston, lo encontró en una caja de cartón. Tendría diez días, no más. Ni siquiera lloraba, estaba silencioso, con los ojos abiertos, en aquella caja. Lo habían dejado en la sala de baile de la primera clase. Aquellas cosas las hacían los inmigrantes, normalmente. Parir a escondidas, en alguna parte del puente, y después dejar allí a los niños. No por maldad. Era miseria, aquella, miseria pura. Un poco como la historia de la ropa ... cuando subían tenían el trasero remendado, cada uno con su ropa gastada por todas partes, lo único que tenían. Pero después, dado que América era siempre América, al final los veías bajar todos bien vestidos, incluso con corbata los hombres, y los niños con camisolitas blancas ... bueno, sabían hacer, en aquellos veinte días de viaje cocían y cortaban, al final no encontrabas ni una cortina en el barco, ni una sábana, nada: se habían hecho el traje bueno para la América. A toda la familia. Qué se les podía decir.

Y bueno, cada tanto se les escapaba un bebé, que para un inmigrante es una boca más que alimentar y un montón de problemas con la oficina de inmigraciones. Los dejaban en el barco. A cambio de las cortinas y de las sábanas, en cierto sentido. Con aquel bebé la cosa debe haber sido así. Debían haber razonado: si lo dejamos sobre el piano de cola en la sala de baile de la primera clase, tal vez lo encuentra algún rico, y será feliz toda la vida. Era un buen piano. El mejor, lo juro, el mejor.

Como sea, el viejo Boodmann lo encontró ahí, buscó algo que dijera quién era, pero sólo encontró una cosa escrita sobre el cartón de la caja, estampada con tinta azul: T. D. Limones. Había también el dibujo de un limón. Azul también. Danny era un negro de Philadelphia, un gigante que



era una maravilla. Agarró al niño en brazos y le dijo: “¡Hola Lemon!” Y le saltó algo dentro, algo como la sensación de que había sido padre. Toda la vida siguió sosteniendo que aquel T. D. significaba evidentemente “Thanks Danny”. Gracias Danny. Un día llevaron un diario en el que estaba la propaganda de un hombre con una cara de idiota y los bigotes finitos finitos, de *latin lover*, y había un limón así de grande dibujado y al lado decía: Tano Damato el rey de los limones, Tano Damato, limones de rey, y no sé qué certificado o premio o qué cosa ... Tano Damato ... El viejo Boodman no hizo ni un gesto. “¿Quién es este trolo?”, preguntó. Y pidió que le pasaran el diario porque al lado de la propaganda estaban los resultados de las carreras. No porque jugase a las carreras, le gustaban los nombres de los caballos, todo quedaba ahí, tenía una verdadera pasión, te decía siempre “escuchá este, y este otro, corrió ayer, en Cleveland, escuchá, lo llamaron *Buscarroña*, ¿entendés? ¿pero es posible? ¿y éste? mirá, *Cuanto Antes Mejor*, ¿no es para morirse?” bueno, le gustaban los nombres de los caballos, tenía esa pasión. No le importaba un pito quién ganaba. Le gustaban los nombres.

Empezó por darle al bebé su nombre: Danny Boodmann. La única vanidad que se concedió en toda la vida. Después le añadió T. D. Lemon, igual que lo escrito en la caja de cartón, porque decía que era fino tener algunas letras en medio del nombre: “todos los abogados las tienen”, confirmó Burty Bum, un maquinista que había terminado en la cárcel gracias a un abogado llamado John P. T. K. Wonder. “Si se hace abogado lo mato” sentenció el viejo Boodmann, pero le dejó las dos iniciales en el nombre, y así quedó Danny Boodmann T. D. Lemon. Era un lindo nombre. Lo estudiaron un poco, repitiéndolo en voz baja, el viejo Danny

y los otros, en la sala de máquinas, con las máquinas apagadas, en remojo en el puerto de Boston. “Un lindo nombre”, dijo al final el viejo Boodmann, “pero le falta algo. Le falta un gran final.” “Agreguémosle martes”, dijo Sam Sull, que trabajaba de camarero. “Lo encontraste un martes, llámalo martes.” Danny pensó un poco. Después sonrió. “Es una buena idea, Sam. ¿Lo encontré en el primer año de este nuevo siglo de mierda, no?: Lo llamaré Novecientos.” “¿Novecientos?” “Novecientos.” “¡Pero es un número!” “Era un número: ahora es un nombre.” Danny Boodmann T. D. Lemon Novecientos. Es perfecto. Es bellissimo. Un gran nombre, Cristo, de verdad un gran nombre. Irá lejos, con un nombre así. Se inclinaron sobre la caja de cartón. Danny Boodmann T. D. Lemon Novecientos los miró y sonrió: se quedaron de piedra: ninguno esperaba que un bebé tan pequeño pudiera hacer toda aquella caca.

Danny Boodmann fue marinero aún por ocho años, dos meses y once días. Luego, durante una borrasca, en pleno Océano, una pluma enloquecida le golpeó en medio de la espalda. Tardó tres días en morir. Estaba roto por dentro, no había forma de arreglarlo. Novecientos era un niño, entonces. Se sentó junto a la cama de Danny y no se movió de ahí. Tenía una pila de diarios viejos, y por tres días, con un esfuerzo bestial, le leyó al viejo Danny que estaba dejando el pellejo, todos los resultados de las carreras que encontró. Juntaba las letras como Danny le había enseñado, apretando el dedo sobre el papel de diario y los ojos que no aflojaban ni un instante. Leía lentamente, pero leía. Así el viejo Danny murió en la sexta carrera de Chicago, ganada por *Agua Potable* con dos cuerpos sobre *Minestrón* y cinco sobre *Fondotinta azul*. El hecho es que no lograba no reírse de aquellos nombres, y riendo, reventó. Lo envolvieron en

un telón y lo devolvieron al Océano. Sobre el telón, con pintura roja, el capitán escribió: Thanks Danny.

Así, de improviso, Novecientos se quedó huérfano por segunda vez. Tenía ocho años y se había hecho, ida y vuelta de Europa a América, unas cincuenta veces. El Océano era su casa. Y en cuanto a la tierra, nunca había puesto un pie. La había visto, desde los puertos, es cierto. Pero bajar, nunca. El hecho es que Danny tenía miedo de que se lo llevaran, con cualquier historia de documentos y visas y cosas por el estilo. Así Novecientos permaneció a bordo, siempre, y luego a un cierto punto, se volvía a partir. Para ser precisos, Novecientos ni siquiera existía para el mundo: no había ciudad, parroquia, hospital, cárcel, equipo de baseball que tuviera escrito en alguna parte su nombre. No tenía patria, no tenía fecha de nacimiento, no tenía familia. Tenía ocho años: pero oficialmente nunca había nacido.

“Esta historia no podrá continuar por mucho tiempo”, le decían cada tanto a Danny. “Además es contra la ley.” Pero Danny tenía una respuesta imperturbable: “A la mierda la ley”, decía. No se podía discutir mucho con aquel inicio.

Cuando llegaron a Southampton, al final del viaje en que murió Danny, el capitán decidió que era hora de terminar con esa historia. Llamó a las autoridades portuarias y dijo a su vice que fuera a buscar a Novecientos. Bueno, nunca lo encontró. Lo buscaron por todo el barco, dos días. Nada. Había desaparecido. A nadie le gustaba esto, porque al fin de cuentas, en el *Virginian*, se habían acostumbrado a aquel muchachito, y ninguno se atrevía a decirlo, pero ... es fácil caerse al agua y después el mar hace lo que quiere, y ... Así, tenían la muerte en el corazón cuando veintidós días después volvieron a partir hacia Río de Janeiro, sin que

Novecientos hubiera vuelto, o, que se hubiera sabido algo de él ... Estrellitas y sirenas y fuegos artificiales para la partida, como todas las veces, pero esta vez era distinto, estaban por perder a Novecientos, y era para siempre, algo les arruinaba la sonrisa, a todos, y les mordía por dentro.

La segunda noche de viaje, ni se veían ya las luces de la costa irlandesa, Barry, el suboficial, entró como un loco en el camarote del comandante, despertándolo y diciéndole que tenía que venir a ver. El comandante insultó, pero fue.

Salón de baile de la primera clase.

Luces apagadas.

Gente en pijama, de pie en la entrada. Pasajeros salidos de sus camarotes.

Y marineros, tres, todos negros salidos de la sala de máquinas, y también Truman, el telegrafista.

Todos en silencio, mirando.

Novecientos.

Estaba sentado sobre el taburete del piano, con las piernas que le colgaban, ni siquiera llegaban al piso.

Y,

como que Dios es verdadero,

estaba tocando.

*(Parte en audio una música para piano, bastante simple, lenta, seductora)*

Tocaba no sé qué música, pero pequeña y ... bella. No había truco, era él, quien tocaba, sus manos, sobre esas

teclas, Dios sabe cómo. Y había que escuchar lo que le salía. Había una señora, en salto de cama, rosa, y algunas pinzas en el pelo ... una llena de plata, para entendernos, la mujer americana de un asegurador ... bueno, unos lagrimones así le bajaban sobre la crema de noche, miraba y lloraba, no terminaba nunca. Cuando vio al comandante a su lado, hirviendo por la sorpresa, literalmente hirviendo, cuando se lo encontró a su lado, levantó la nariz, la ricachona, digo, levantó la nariz e indicando al piano le preguntó:

“¿Cómo se llama?”

“Novecientos.”

“No la canción, el niño.”

“Novecientos.”

“¿Como la canción?”

Era aquel tipo de conversación en la que un comandante de marina no puede sostener más de cuatro o cinco frases. Sobre todo cuando acaba de descubrir que un niño que creía muerto no sólo estaba vivo, sino que entretanto, había aprendido a tocar el piano. Dejó a la ricachona donde estaba, con sus lágrimas y todo el resto, y atravesó con pasos decididos el salón, pantalón pijama y saco del uniforme sin abotonar. Se detuvo sólo cuando llegó al piano. Habría querido decir muchas cosas, en aquel momento, como “¿Dónde mierda aprendiste?”, o también “¿Dónde diablos te escondiste?” Sin embargo, como tanto hombre acostumbrado a vivir en uniforme, había terminado por pensar también en uniforme. Así, lo que dijo fue:

“Novecientos, todo esto es absolutamente contra el reglamento.”

Alessandro Baricco

Novecientos dejó de tocar. Era un muchachito de pocas palabras y con gran capacidad para aprender. Miró con dulzura al comandante y dijo:

“A la mierda los reglamentos.”

*(En audio el ruido de borrasca)*

El mar se ha despertado  
el mar se ha descarrilado  
explota el agua contra el cielo  
explota  
enjuaga  
arranca al viento nubes y estrellas  
furibundo  
se desencadena hasta cuando  
no se sabe  
dura un día  
terminará  
mamá eso  
no lo habías dicho mamá  
a ro ro  
te acuna el mar  
te acuna un cuerno  
furibundo

*Novcientos*

todo alrededor  
espuma y aflicción  
loco el mar  
hasta donde podés ver  
sólo negro  
y muros negros  
y remolinos  
y mudos todos  
a esperar  
que termine  
y naufragar  
mamá esto no lo quiero hacer  
quiero el agua que reposa  
que te refleja  
quieta  
estos  
muros  
absurdos  
de agua  
que se derrumban  
este ruido  
quiero de nuevo el agua que conocías vos

Alessandro Baricco

quiero de nuevo el mar  
silencio  
luz  
y peces voladores  
encima  
a volar.

Primer viaje, primera borrasca. Mala suerte. Ni siquiera había entendido cómo eran las cosas, cuando me agarra una de las borascas más homicidas en la historia del *Virginian*. En plena noche, se le cantan las pelotas y va, y pone todo patas arriba. El Océano. Parecía que no terminara nunca. Uno que en el barco toca la trompeta, cuando llega la borrasca, no es que puede hacer mucho. Lo único que puede hacer es dejar de tocar la trompeta, al menos para no complicar las cosas. Y quedarse tranquilo en su cucheta. Pero yo no aguantaba ahí dentro. Tenés para distraerte, pero tarde o temprano, podés jurarlo, te viene directo al cerebro, aquella frase: tuvo el fin de una rata. Yo no quería tener el fin de la rata, y entonces me fui de aquella cabina y me puse a vagar. No que supiera dónde ir, estaba allí desde hacía cuatro días, sobre aquel barco, y ya era algo si encontraba el camino para ir al baño. Son pequeñas ciudades flotantes, esas. En serio. Bueno, pero al final, por supuesto, golpeándome en todas partes y agarrando cualquier corredor, como se me aparecían, terminé por perderme. Ya estaba. Definitivamente jodido. Fue en ese momento que llegó uno, vestido todo elegante, de oscuro, caminando tranquilo, no tenía el aire de haberse perdido, parecía que ni siquiera sintiera las olas, como si pasara por la costanera de Nizza: y era Novecientos.



Tenía veintisiete años entonces, pero parecían más. Yo apenas lo conocía: habíamos tocado juntos en aquellos cuatro días, con la *band*, pero nada más. Ni siquiera sabía dónde estaba su camarote. Cierto que los otros algo me habían contado de él. Decían algo extraño, decían: Novecientos nunca bajó de aquí. Nació en este barco y desde entonces está aquí. Siempre. Veintisiete años, sin haber puesto nunca un pie en tierra. Dicho así, tenía toda la apariencia de ser una colosal mentira ... Decían también que tocaba una música que no existía. Lo que yo sabía es que todas las veces, antes de comenzar a tocar, allí, en la sala de baile, Fritz Hermann, un blanco que no entendía nada de música pero que tenía una cara linda por lo cual dirigía la *band*, se le acercaba y le decía en voz baja:

“Por favor, Novecientos, sólo las notas normales, ¿okay?”

Novecientos decía que sí con la cabeza y tocaba las notas normales, mirando fijo adelante, nunca una mirada a las manos, parecía que estuviera en otra parte. Ahora sé que, en efecto, estaba en otra parte. Pero en ese momento no lo sabía: pensaba que era un poco extraño, todo ahí.

Aquella noche, en la mitad de la borrasca, con aquel aire de señor de vacaciones, me encontró ahí, perdido en un corredor cualquiera, con la cara de un muerto, me miró, sonrió, y me dijo: “Vení.”

Ahora, si uno que toca la trompeta en un barco encuentra en medio de una borrasca uno que le dice: “Vení”, el que toca la trompeta puede hacer una sola cosa, ir. Lo seguí. Caminaba, él. Yo ... era un poco distinto, no tenía aquella compostura, y sin embargo ... llegamos a la sala de baile, y después rebotando acá y allá, yo obviamente, porque él parecía que fuera sobre rieles, llegamos al piano. No había

nadie por ahí. Casi oscuro, sólo alguna lucecita, aquí y allá. Novecientos me señaló las patas del piano.

“Quitá los seguros”, dijo. El barco bailaba que era un contento, te costaba estar de pie, era una cosa sin sentido quitar los seguros de las ruedas.

“Si me tenés confianza, quitálos.”

Este está loco, pensé. Y los quité.

“Ahora vení a sentarte aquí”, me dijo entonces Novecientos.

No entendía dónde quería llegar, no lo entendía. Yo estaba allí sosteniendo el piano que comenzaba a deslizarse como un enorme jabón negro ... Era una situación de mierda, lo juro, dentro de aquella borrasca hasta el cuello y además aquel loco, sentado sobre el taburete –más que un jabón– y las manos sobre el teclado, quietas.

“Si no subís ahora, no subirás nunca”, dijo el loco sonriendo. *(sube sobre una tramoya, una cosa medio hamaca, medio trapecio)*. “Okay. Mandamos todo a la mierda, ¿okay? Total qué se puede perder, subo, de acuerdo, ya, sobre tu estúpido taburete, ya subí, ¿y ahora?”

“Y ahora no tengas miedo.”

Y se puso a tocar.

*(Comienza una música para piano solo. Es una especie de danza, vals, manso y dulce. La tramoya comienza a pendular y a llevar al actor por el escenario. A medida que el actor avanza en el relato, el movimiento se hace más amplio, hasta tocar las bambalinas)*

Ninguno está obligado a creerlo, y yo, para ser precisos, no lo creería nunca si me lo contaran, pero la verdad de los hechos es que aquel piano comenzó a deslizarse, sobre la madera de la sala de baile, y nosotros detrás de él, con Novecientos que tocaba, y no alzaba la mirada de las teclas, parecía que estuviera en otra parte, y el piano seguía las olas, iba y volvía, y giraba sobre sí mismo, apuntaba hacia la vidriera, y cuando había llegado a un pelo se detenía y patinaba dulcemente hacia atrás, digo, parecía que el mar lo acunara, y nos acunase a nosotros, y yo no entendía nada, y Novecientos tocaba, no se detenía ni un minuto, y estaba claro, no *tocaba* simplemente, él *guiaba* aquel piano, ¿entienden?, con las teclas, con las notas, no lo sé, él lo llevaba adonde quería, era absurdo, pero era así. Y mientras dábamos vueltas entre las mesas, raspando lámparas y sillones, yo entendí que en aquel momento, lo que estábamos haciendo, lo que *verdaderamente* estábamos haciendo, era bailar con el Océano, nosotros y él, bailarines locos, y perfectos, apretados en un oscuro vals, sobre el dorado parquet de la noche. Oh yes.

*(comienza a dar vueltas a la grande por el escenario, sobre su tramoya, con un aire feliz, mientras el Océano enloquece, la nave baila, y la música del piano dicta una especie de vals que con diversos efectos sonoros acelera, frena, gira, en definitiva “guía” el gran baile. Después de la enésima acrobacia, equivoca una maniobra y termina saliendo detrás de las bambalinas. La música busca “frenar”, pero es demasiado tarde. El actor tiene tiempo sólo para gritar*

“Oh, Cristo ...”

*y sale por una bambalina lateral, estrellándose contra algo. Se siente un gran golpe, como si hubiera ido a parar contra una vidriera. Un gran ruido. Momento de pausa y de silencio. Luego por la misma bambalina por la que ha salido, el actor vuelve, lentamente)*

Novecientos dijo que aún debía perfeccionar aquel truco. Yo dije que en el fondo se trataba sólo de registrar los frenos. El comandante, una vez terminada la borrasca, dijo (*provocativamente y gritando*) “¡AL DEMONIO USTEDES DOS, AHORA SE VAN A LA SALA DE MÁQUINAS Y SE QUEDAN ALLÍ PORQUE SI NO LOS MATO CON ESTAS MANOS, Y QUEDE CLARO QUE PAGARÁN TODO, HASTA EL ÚLTIMO CENTÉSIMO, VAN A TRABAJAR TODA LA VIDA, COMO QUE ES VERDAD QUE ESTE BARCO SE LLAMA *Virginian* Y QUE USTEDES SON LOS IMBÉCILES MÁS GRANDES QUE HAYAN SURCADO ALGUNA VEZ EL OCÉANO!”

Abajo, en la sala de máquinas, aquella noche, Novecientos y yo nos hicimos amigos. Por el pellejo. Y para siempre. Pasamos todo el tiempo contando cuánto podía ser en dólares todo lo que habíamos roto. Y cuanto más subía la cuenta, más nos reíamos. Y si lo pienso, me parece que eso, ahí, eso era ser feliz. O algo por el estilo.

Fue en aquella noche que le pregunté si la historia era verdadera, la de él y el barco, bueno, que había nacido abordo y todo el resto ... si era verdad que nunca había bajado. Y él respondió: “Sí”.

“¿Pero verdad *de verdad*?”

Él estaba serio.

“Verdadero de verdad.”

No lo sé, pero lo que sentí dentro en aquel momento, por un instante, sin quererlo, y no sé por qué, fue un escalofrío: y era un escalofrío de miedo.

Miedo.

Una vez le pregunté a Novecientos en qué diablos pensaba mientras tocaba, y qué miraba, siempre fijo adelante y dónde iba a parar con la cabeza, mientras las manos le iban de una parte a otra sobre el teclado. Y él me dijo: “Hoy terminé en un país bellissimo, las mujeres tenían los cabellos perfumados, había luz por todas partes y estaba lleno de tigres.”

Viajaba.

Y cada vez terminaba en un lugar distinto: en el centro de Londres, sobre un tren en medio del campo, sobre una montaña tan alta que la nieve le llegaba a la panza, en la iglesia más grande del mundo, contando las columnas y mirando los crucifijos. Viajaba. Era difícil entender qué pudiera saber él de iglesias, de nieve, de tigres y ... quiero decir, nunca había bajado de aquel barco, pero nunca, no era mentira, era todo verdad. Nunca bajó. Y sin embargo, era como si las hubiese visto, todas aquellas cosas. Novecientos era uno que si le decías “Una vez estuve en París”, él te preguntaba si habías visto tales jardines, y si habías comido en aquel determinado lugar, sabía todo y te decía “Lo que a mí me gusta, allá abajo, es esperar el ocaso yendo y viniendo sobre el Pont Neuf, y cuando pasan las barcazas, detenerme y mirarlas desde arriba, y saludar con la mano.”

“Novecientos, ¿alguna vez estuviste en París?”

“No.”

“Entonces ...”

“Es decir ... sí.”

“Sí ¿qué?”

“París.”

Podías pensar que estaba loco. Pero no era tan simple. Cuando uno te cuenta con absoluta exactitud qué olor hay en Bertham Street, en verano, cuando acaba de terminar de llover, no puedes pensar que esté loco por la única y estúpida razón que él nunca estuvo en Bertham Street. En los ojos de alguno, en las palabras de alguno, él, aquel aire, lo había respirado en serio. El mundo, quizá, no lo había visto nunca. Pero hacía veintisiete años que el mundo pasaba sobre aquel barco: y eran veintisiete años que él, sobre aquel barco, lo espiaba. Y le robaba el alma.

En esto era un genio, no hay nada que decir. Sabía escuchar. Y sabía leer. No los libros, todos leen libros, él sabía leer la gente. Los signos que la gente lleva encima: lugares, ruidos, olores, su tierra, su historia ... Toda escrita, encima. Él leía, y con cuidado infinito, catalogaba, organizaba, ordenaba ... Cada día agregaba un pequeño pedacito a aquel inmenso mapa que estaba dibujando en su cabeza, inmenso, el mapa del mundo, del mundo entero, de un lado a otro, ciudades enormes y máquinas de bar, largos ríos, charcos, aviones, leones, un mapa maravilloso. Y luego viajaba sobre él como un dios, mientras sus dedos se deslizaban sobre las teclas, acariciando las curvas de un ragtime.

*(Parte en audio un ragtime melancólico)*

Fueron necesarios algunos años, pero al final, un día junté coraje a cuatro manos y se lo pregunté. Novcientos, por qué no bajás, una vez, aunque sea sólo una vez, por qué no vas a ver el mundo con tus ojos, con los tuyos. Por qué te quedás en esta cárcel viajante, podrías estar sobre tu Pont Neuf mirando las barcazas y todo lo demás, podrías hacer lo que quisieras, tocás el piano como un dios, enloquecerían por ti, harías un montón de plata, y podrías elegirte la casa más bella que exista, o hacértela con la forma de barco, ¿qué te importa?, pero la pondrías donde quisieras, en medio de los tigres, tal vez, o en Bertham Street ... Dios santo, no podrás continuar toda la vida yendo y viniendo como un tonto ... no sos un tonto ... eres grande, y el mundo está allí, sólo tenés que bajar aquella jodida escalerilla, qué puede ser, sólo unos estúpidos escalones, Cristo, es todo, al final de esos escalones, todo. Por qué no la terminás y bajás de acá, una vez al menos, una sola vez.

Novcientos ... ¿por qué no bajás?

¿Por qué?

¿Por qué?

Fue un verano, en el verano de 1931, que sobre el *Virginian* subió Jelly Roll Morton. Vestido todo de blanco, también el sombrero. Y un diamante así en el dedo.

Él era uno que cuando daba conciertos escribía en la publicidad: Esta noche Jelly Roll Morton, el inventor del jazz. No lo escribía por decir: estaba convencido. El inventor del jazz. Tocaba el piano. Siempre sentado un poco de tres cuartos, y con dos manos que eran mariposas. Ligerísimas. Había comenzado en los burdeles, en Nueva Orleans,

y allí había aprendido a desflorar las teclas y a acariciar las notas: hacían el amor, en el piso de arriba, y no querían mucho ruido. Querían una música que se deslizara detrás de las cortinas y debajo de las camas, sin molestar. Él hacía esa música. Y en eso, sin duda, era el mejor.

En alguna parte, un día alguien le contó de Novecientos. Debieron decirle algo como: aquel es el más grande. El más grande pianista del mundo. Puede parecer absurdo, pero era algo que podía suceder. Nunca había tocado una sola nota fuera del *Virginian*, Novecientos, y sin embargo, a su manera, era un personaje célebre, en ese tiempo, una pequeña leyenda. Los que bajaban del barco contaban de una música extraña y de un pianista que parecía que tuviera cuatro manos, tantas notas tocaba. Rondaban historias curiosas, también verdaderas a veces, como la del senador americano Wilson que había hecho todo el viaje en tercera clase, porque ahí tocaba Novecientos, cuando no tocaba las notas normales, sino las suyas, que no eran normales. Había un piano allá abajo, iba a la tarde, o a la noche tarde. Primero escuchaba: quería que la gente cantara las canciones que sabía, cada tanto alguno sacaba una guitarra o una armónica, algo, y comenzaba a tocar, músicas que venían quizá de dónde ... Novecientos escuchaba. Después comenzaba a acariciar las teclas, mientras aquellos cantaban o tocaban, acariciaba las teclas y de a poco aquello se iba convirtiendo en un verdadero tocar, salían sonidos del piano –vertical, negro– y eran sonidos del otro mundo. Dentro estaba todo: de una sola vez todas, todas las músicas de la tierra. Te quedabas helado. Y se quedó helado el senador Wilson, cuando sintió aquello, y aparte de aquella historia de la tercera clase, él, todo elegante, en medio de aquel hedor, porque era hedor con todas las letras, aparte de aquella historia,



lo debieron bajar por la fuerza, cuando llegaron, porque si hubiera sido por él se habría quedado allí arriba, escuchando a Novecientos por el resto de los jodidos años que le quedaban por vivir. De verdad. Lo escribieron en los diarios, pero era verdad en serio. Había sido exactamente así.

En definitiva, alguien fue y le dijo a Jelly Roll Morton: en aquel barco hay uno que con el piano hace lo que quiere. Y cuando tiene ganas toca jazz, pero cuando no tiene ganas toca algo que es como diez jazz puestos juntos. Jelly Roll Morton tenía un carácter, lo sabían todos. Dijo: “¿Cómo hace para tocar bien uno que ni siquiera tiene huevos para bajar de un estúpido barco?” Y ahí estaba riéndose como un loco, él, el inventor del jazz. Podía haber terminado allí, sólo que en aquel momento uno le dijo: “Hacés bien en reírte, porque si ese sólo se decidiera a bajar volverías a tocar en los burdeles, como que Dios existe, en los burdeles.” Jelly Roll dejó de reír, sacó del bolsillo una pequeña pistola con empuñadura de madreperla, la apuntó hacia la cabeza del tipo que había hablado y no disparó, pero dijo: “¿Dónde está ese puto barco?”

Lo que tenía en mente era un duelo. Se usaba en ese entonces. Se desafiaban a golpes de “piezas de virtuosismo” y al final uno vencía. Cosas de músicos. Nada de sangre, pero mucho odio, odio verdadero, bajo la piel. Notas y alcohol. Incluso podía durar una noche entera. Eso era lo que tenía en mente Jelly Roll para terminar con esta historia del pianista sobre el Océano y todas esas tonteras. Para terminarla. El problema era que Novecientos, para decir la verdad, nunca tocaba en los puertos, no quería tocar. En los puertos era ya un poco como estar en tierra, y no le gustaba. Él tocaba donde quería él. Y donde quería él era en medio

del mar, cuando la tierra es sólo unas luces lejanas, o un recuerdo, o una esperanza. Era así. Jelly Roll Morton insultó mil veces, pagó de su bolsillo el pasaje de ida y vuelta a Europa y subió al *Virginian*, él que nunca había puesto un pie sobre un barco que no recorriese el Mississippi. “Es la cosa más idiota que haya visto en mi vida”, dijo, con algún insulto en el medio, a los periodistas que fueron a saludarlo, al espigón 14 del puerto de Boston. Luego se encerró en el camarote y esperó que la tierra fuera sólo luces lejanas, recuerdo, esperanza.

Novecientos no es que estuviera muy interesado en la cosa. Ni siquiera la entendía bien. ¿Un duelo? ¿Y por qué? Pero le despertaba la curiosidad. Quería escuchar cómo diablos tocaba el inventor del jazz. No lo decía en broma, lo creía: que era verdaderamente el inventor del jazz. Creo que esperaba aprender algo. Algo nuevo. Él era así. Un poco como el viejo Danny: no tenía el sentido de la competencia, no le importaba saber quién vencía: era el resto lo que le llamaba la atención. Todo el resto.

A las 21 y 37 del segundo día de navegación, con el *Virginian* a una velocidad de 20 nudos sobre la ruta a Europa, Jelly Roll Morton se presentó en la sala de baile de la primera clase, elegantísimo, de negro. Todos sabían perfectamente qué debían hacer. Los bailarines se detuvieron, nosotros los de la banda dejamos nuestros instrumentos, el barman sirvió un whisky, la gente enmudeció. Jelly Roll tomó el whisky, se acercó al piano y miró a Novecientos a los ojos. No dijo nada, pero lo que se sintió en el aire fue: “Levántate de ahí.”

Novecientos se levantó.

“Usted es el que inventó el jazz, ¿verdad?”

“Sí. Y vos sos el que sólo toca cuando tiene el Océano bajo el culo, ¿verdad?”

“Sí.”

Se habían presentado. Jelly Roll se encendió un cigarrillo, lo apoyó en equilibrio sobre el borde del piano, se sentó y comenzó a tocar. Ragtime. Me parecía una cosa que nunca había sentido antes. No tocaba, patinaba. Era como una enagua de seda que se deslizaba por el cuerpo de una mujer, y lo hacía bailando. Estaban todos los burdeles de América en aquella música, pero aquellos burdeles de lujo, aquellos donde es bella incluso la del guardarropa. Jelly Roll terminó bordando pequeñas notas invisibles, bien alto, al final del teclado, como una pequeña cascada de perlas sobre un piso de mármol. El cigarrillo seguía allí, sobre el borde del piano: medio consumido, pero la ceniza estaba toda allí. Habrías dicho que no había querido caer para no hacer ruido. Jelly Roll tomó el cigarrillo entre los dedos, tenía manos que eran mariposas, ya lo dije, tomó el cigarrillo y la ceniza se quedó allí, no quería caer, tal vez tenía algún truco, no lo sé, pero no se caía. Se levantó el inventor del jazz, se acercó a Novecientos, le puso el cigarrillo bajo la nariz, el cigarrillo con toda la ceniza, y dijo:

“Tu turno, marinero.”

Novecientos sonrió. Se estaba divirtiendo. En serio. Se sentó al piano e hizo la cosa más estúpida que podía hacer. Tocó *Torna dietro paparino*, una canción de una idiotez infinita, cosa de niños, la había escuchado a un inmigrante, algunos años antes, y desde entonces no se la había podido quitar de encima, le gustaba, de verdad, no sé qué le encon-

traba pero lo gustaba, la encontraba conmovedora. Ciertamente no era lo que llamaríamos una “pieza de virtuosismo.” También yo habría sido capaz de tocarla. Él la tocó jugando un poco con los bajos, redoblando algo, añadiendo dos o tres sobrevuelos de los suyos, pero en definitiva era una idiotez y siguió siéndolo. Jelly Roll tenía la cara de uno al que le habían robado los regalos de Navidad. Fulminó a Novecientos con dos ojos de lobo y volvió a sentarse al piano. Sacó un *blues* que habría hecho llorar incluso a un maquinista alemán, parecía que todo el algodón de todos los negros del mundo estuviera allí y lo recogiese él con aquellas notas. Algo para dejar el alma. Toda la gente se puso de pie: levantaban la nariz y aplaudían. Jelly Roll no hizo ni siquiera un gesto con la cabeza, nada, se veía que comenzaba a aburrirse de toda aquella historia.

Le tocaba de nuevo a Novecientos. Empezó mal porque se sentó al piano con dos lagrimones así en los ojos, a causa de los *blues*, se había conmovido, y esto se puede entender. El verdadero absurdo fue que con toda la música que tenía en la cabeza y en las manos ¿qué se le ocurrió tocar? El *blues* que acababa de escuchar. “Era tan bello”, me dijo luego, el día después, para justificarse, imagináte. No tenía la menor idea de qué cosa fuera un duelo, no tenía la menor idea. Tocó aquel *blues*. Además en su cabeza se había transformado en una serie de acordes lentísimos, uno después de otro, en procesión, un aburrimiento homicida. Él tocaba encorvado sobre el teclado, gozaba cada uno de aquellos acordes, extraños, y sobre todo disonantes, y él los gozaba. Los otros, menos. Cuando terminó algunos incluso chiflaron.

En aquel momento Jelly Roll Morton perdió definitivamente la paciencia. Más que ir al piano, le saltó encima.

Dentro de sí, pero de manera que todos entendieran bien silbó alguna palabra, muy clara.

“Y ahora andate al carajo, pendejo.”

Luego comenzó a tocar. Pero tocar no es la palabra. Un jugar. Un acróbata. Todo aquello que se puede hacer con un teclado de 88 teclas, él lo hizo. A una velocidad monstruosa. Sin equivocarse una nota, sin mover un músculo de la cara. No era tampoco música: eran juegos de prestidigitación, era magia bella y buena. Era una maravilla. Una maravilla. La gente se volvió loca. Gritaban y aplaudían, nunca habían visto algo así. Se armó un despelote que parecía Año Nuevo. En medio de aquel revuelo me encontré frente a Novecientos: tenía la cara más desilusionada del mundo. Y también algo de asombro. me miró y me dijo:

“Pero este está completamente loco ...”

No le respondí. No había nada que responder. Se inclinó hacia mí y me dijo:

“Dame un cigarrillo, dale ...”

Estaba tan fuera de mí que se lo di. Quiero decir que Novecientos no fumaba. Nunca había fumado antes. Tomó el cigarrillo, se dio vuelta y fue a sentarse al piano. Tardaron un poco en la sala en darse cuenta de que se había sentado, y que quizás aún quería tocar. Alguien dijo algo pesado, algunas risas, algún chiflido, la gente es así, es malvada con los que pierden. Novecientos esperó pacientemente que se hiciera una especie de silencio alrededor. Luego echó una mirada a Jelly Roll, que estaba de pie en el bar, bebiendo una copa de champagne, y dijo en voz baja:

Alessandro Baricco

“Vos lo quisiste, pianista de mierda.”

Luego apoyo mi cigarrillo en el borde del piano.

Apagado.

Y comenzó.

*(En audio comienza una pieza de un virtuosismo enloquecido, tal vez tocado a cuatro manos. No dura más que medio minuto. Termina con una descarga de acordes fortísimos. El actor espera que termine, luego continúa)*

Así.

El público se bebió todo sin respirar. Todo en apnea. Con los ojos clavados en el piano y la boca abierta, como perfectos imbéciles. Se quedaron así, en silencio, completamente shockeados, incluso después de aquella descarga final de acordes que parecía que tuviera cien manos, parecía que el piano fuera a explotar de un momento a otro. En aquel silencio enloquecedor. Novecientos se levantó, tomó mi cigarrillo, se adelantó un poco, superando el teclado, y lo acercó a las cuerdas del piano.

Un suave crepitar.

Lo retiró y estaba encendido.

Lo juro.

Bien encendido.

Novecientos lo tenía en la mano como si fuera una pequeña vela. No fumaba, tampoco sabía tenerlo entre los dedos. Dio algunos pasos hasta llegar delante de Jelly Roll Morton. Se lo ofreció.

“Fumálo vos. Yo no sé.”

En ese momento la gente se despertó como de un encanto. Estalló una apoteosis de gritos y aplausos y festejos, no sé, nunca se había visto nada por el estilo, todos gritaban, todos querían tocar a Novecientos, un revuelo general, no se entendía nada. Pero yo lo vi, allí en el medio, a Jelly Roll Morton, fumar nerviosamente aquel maldito cigarrillo, buscando qué cara poner, sin encontrarla, ni siquiera sabía a dónde mirar, en un cierto momento su mano de mariposa se puso a temblar, temblaba, yo la vi, y nunca me lo olvidaré, temblaba tanto que la ceniza del cigarrillo se separó y cayó, primero sobre su traje negro y luego, deslizándose, hasta su zapato derecho, zapato de charol negro, brillante, aquella ceniza como un humo blanco, él la miró, me acuerdo muy bien, miró el zapato, el charol negro, y entendió, entendió aquello que debía entender, se dio media vuelta y caminando lentamente, paso a paso, tan lento que la ceniza no se movió de allí, atravesó la gran sala y desapareció, con sus zapatos de charol negro, y sobre uno había un humo blanco, y él se lo llevaba encima, y allí estaba escrito que alguien había ganado, y que no era él.

Jelly Roll Morton pasó el resto del viaje encerrado en su camarote. Cuando llegamos a Southampton bajó del *Virginian*. Al día siguiente partió de nuevo hacia América. Pero en otro barco. No quería saber más nada de Novecientos y de todo el resto. Quería volver y basta.

Desde el puente de tercera clase, apoyado sobre la baranda, Novecientos lo vio bajar, con su bello traje blanco y todas las valijas, hermosas, de cuero claro. Y me acuerdo que dijo:

“A la mierda también el jazz.”

Liverpool Nueva York Liverpool Río de Janeiro Boston  
Cork Lisboa Santiago de Chile Río de Janeiro Antillas  
Nueva York Liverpool. Boston Liverpool Hamburgo Nueva  
York Hamburgo Nueva York Génova Florida Río de Janeiro  
Florida Nueva York Génova Lisboa Río de Janeiro Liver-  
pool Río de Janeiro Liverpool Nueva York Cork Cherbourg  
Vancouver Cherbourg Cork Boston Liverpool Río de  
Janeiro Nueva York Liverpool Santiago de Chile Nueva  
York Liverpool, Océano, justo en el medio. Y allí, en aquel  
momento, cayó el cuadro.

A mí siempre me llamó la atención este hecho de los  
cuadros. Están ahí por años y luego, sin que nada suceda,  
*zás*, abajo, caen. Están ahí agarrados a un clavo, ninguno  
hace nada pero en un cierto momento, *zás*, caen como  
piedras. En el silencio más absoluto, alrededor todo está  
inmóvil, ni una mosca vuela, y ellos, *zás*. No hay una razón.  
¿Por qué justo en aquel instante? No se sabe. *Zás*. ¿Qué le  
pasa a un clavo para que decida que no puede más? ¿Tiene  
un alma, también él, pobrecito? ¿Toma decisiones? Ha dis-  
cutido mucho con el cuadro, no estaban seguros sobre lo  
que se debía hacer, hablaban todas las noches, desde hacía  
años, después decidieron una fecha, una hora, un minuto, un  
instante, es aquel *zás*. O lo sabían desde el principio, los  
dos, todo ya estaba arreglado, mirá yo largo todo dentro de  
siete años, para mí está bien, okay entonces para el 13 de  
mayo, okay, hacia las seis, mejor seis menos cuarto, de  
acuerdo, entonces buenas noches, noches. Siete años  
después: el 13 de mayo, seis menos cuarto: *zás*. No se ent-  
iende. Es una de aquellas cosas que es mejor no pensarlas, si  
no terminás loco. Cuando cae un cuadro. Cuando te levantás



una mañana, y ya no la amás. Cuando abrís el diario y leés que explotó la guerra. Cuando ves un tren y pensás yo debo irme de aquí. Cuando te mirás al espejo y te das cuenta de que sos viejo. Cuando, en medio del Océano, levantó la mirada del plato y me dijo: “En Nueva York, dentro de tres días, voy a bajar de este barco.”

Me quedé petrificado.

*Zás.*

A un cuadro no le podés preguntar nada. Pero a Novcientos sí. Lo dejé en paz por un poco y empecé el asalto. Quería entender por qué, una razón debía existir, uno no está treinta y dos años sobre un barco y un día, de improviso, baja, como si nada, sin decir ni siquiera el por qué a su mejor amigo, sin decir nada.

“Tengo que ver una cosa allá abajo”, me dijo.

“¿Qué cosa?” No quería decirla, y es comprensible, porque cuando al final la dijo, lo que me dijo fue:

“El mar.”

“¿El mar?”

“El mar.”

Imagináte. Podías pensar en todo, pero no en eso. No quería creerlo, parecía una tomadura de pelo. No quería creer. Era la pelotudez más grande del siglo.

“Hace treinta y dos años que ves el mar, Novcientos.”

“Desde aquí. Quiero verlo desde allá. No es la misma cosa.”

Santo Dios. Parecía que estuviera hablando con un niño.

“Está bien. Esperá que lleguemos al puerto, te asomás y lo mirás bien. Es la misma cosa.”

“No es la misma cosa.”

“¿Quién te lo dijo?”

Se lo había dicho uno que se llamaba Baster, Lynn Baster. Un campesino. Uno de aquellos que viven cuarenta años trabajando como una mula y lo único que han visto en su vida es su campo y, una o dos veces, la gran ciudad, algunas millas más allá, un día de fiesta. Sólo que con la sequía había perdido todo, la mujer se le fue con un predicador de no sé qué cosa, y a los hijos se los llevó la fiebre, a los dos. Un tipo con buena suerte. Así un día agarró sus cosas y atravesó toda Inglaterra a pie para llegar a Londres. Pero como no entendía mucho de caminos, en lugar de llegar a Londres terminó en un pueblito de mala muerte, pero en el que si seguías por el camino, hacías dos curvas y girabas detrás de una colina, y al final, de repente, veías el mar. No lo había visto nunca antes. Quedó fulminado. Eso lo salvó, si damos crédito a sus palabras. Decía: “Es como un grito gigante que grita y grita, y lo que grita es: ‘Manga de cornudos, la vida es una cosa inmensa, ¿quieren entenderlo o no? Inmensa’.” Él, Lynn Baster, nunca lo había pensado. Nunca había llegado a pensarlo. Fue como una revolución en su cabeza.

Tal vez a Novecientos ... tampoco nunca le había venido a la mente aquella idea, que la vida es inmensa. Quizá lo sospechase, pero ninguno se lo había gritado de aquella manera. Y entonces hizo que aquel Baster le contara mil veces la historia del mar y todo el resto, y al final decidió

que él también tenía que probar. Cuando se puso a explicarme, tenía el aire de uno que te está explicando cómo funciona el motor a explosión: era científico.

“Incluso puedo quedarme durante años aquí arriba pero el mar no me dirá nunca nada. Ahora bajo, vivo sobre la tierra y de la tierra por algunos años, me convierto en un tipo normal, después un día me voy, llego a una playa cualquiera, levanto los ojos y miro el mar: está allí, lo escucho gritar.

Científico. A mí me parecía la pelotudez científica del siglo. Podría habérselo dicho, pero no se lo dije. No era tan simple. El hecho es que yo lo quería a Novcientos y quería que algún día bajara de ahí, y tocara para la gente de la tierra, y se casara con una mujer simpática y tuviera hijos y, bueno, todas las cosas de la vida, que tal vez no es inmensa, pero es hermosa, si sólo tenés un poco de fortuna, y de ganas. En definitiva, esa historia del mar me parecía una estupidez, pero si lograba hacer que Novcientos bajara de allí, la aceptaba. Así que al final pensé que estaba bien. Le dije que su razonamiento era impecable. Y que me ponía contento, en serio. Y que le regalaría mi sobretodo de camello, que causaría muy buena impresión, bajando por la escalerilla con el sobretodo de camello. Él estaba un poco conmovido:

“Pero vendrás a visitarme, ¿no? en tierra ....”

Dios, tenía una piedra aquí, en la garganta, como una piedra, me mataba diciéndome eso, detesto las despedidas, me puse a reír lo mejor que pude, una cosa penosa, y dije que por supuesto que iría a visitarlo y que llevaríamos a su perro a correr por el campo, y que su mujer cocinaría pavo, y no sé qué otras estupideces, y él se reía, y yo también,

pero dentro ambos sabíamos que la verdad era otra, la verdad era que estaba por terminar todo, y que no había nada que hacer, tenía que suceder y ahora estaba sucediendo: Danny Boodmann T. D. Lemon Novecientos descendería del *Virginian*, en el puerto de Nueva York, un día de febrero. Después de treinta y dos años vividos sobre el mar, bajaría a tierra, para ver el mar.

*(Comienza una música tipo vieja balada. El actor desaparece en la oscuridad, luego reaparece vestido como Novecientos en la cima de la escalerilla del piróscapo. Sobretudo de camello, una gran valija. Está un poco allí, al viento, inmóvil, mirando adelante. Mira Nueva York. Después baja el primer escalón, el segundo, el tercero. La música se interrumpe de golpe y Novecientos se queda clavado. El actor se quita el sombrero y se vuelve hacia el público)*

Fue al tercer escalón que se detuvo. De golpe.

¿Qué hay? ¿Pisó mierda?, dijo Neil O'Connor, que era un irlandés que nunca entendía un carajo, pero no había forma de hacerle perder el buen humor, nunca.

“Se habrá olvidado de algo”, dije.

“¿Qué cosa?”

“¿Qué sé yo?”

“Tal vez se haya olvidado por qué está bajando.”

“No digas idioteces.”

Mientras tanto él allí, quieto, con un pie en el segundo escalón y uno en el tercero. Se quedó así por una eternidad.

Miraba adelante, parecía que buscara algo. Y al final hizo algo extraño. Se quitó el sombrero, estiró la mano sobre la baranda de la escalerilla y lo dejó caer. Parecía un pájaro cansado, o una tortilla azul con alas. Hizo un par de curvas en el aire y cayó al mar. Flotaba. Evidentemente era un pájaro, no una tortilla. Cuando volvimos a levantar los ojos hacia la escalerilla, vimos a Novecientos, con su sobretodo de camello, con *mi* sobretodo de camello, que volvía a subir aquellos dos escalones, dando la espalda al mundo y con una extraña sonrisa en el rostro. Dos pasos, y desapareció dentro del barco.

“¿Viste?, llegó el nuevo pianista”, dijo Neil O’Connor.

“Dicen que es el más grande”, dije. Y no sabía si estaba triste o loco de contento.

Qué había visto desde aquel maldito tercer escalón, no me lo quiso decir. Aquel día y por dos viajes que hicimos después, Novecientos estuvo un poco extraño, hablaba menos de lo acostumbrado, y parecía muy ocupado con algún asunto personal. Nosotros no preguntamos nada. Él simulaba que no pasaba nada. Se veía que no todo andaba normal, pero no queríamos preguntarle nada. Estuvo así algunos meses. Un día, Novecientos entró en mi camarote y lentamente, aunque todo seguido, me dijo: “Gracias por el sobretodo, parecía un dios, qué pena, habría causado sensación, pero ahora todo va mucho mejor, ya pasó, no pensés que soy infeliz, nunca lo seré.”

Para mí, no estaba seguro que alguna vez hubiera sido infeliz. No es una de esas personas de las que te preguntás si es feliz. Él era Novecientos y basta. No se te ocurría pensar que tuviera algo que ver con la felicidad, o con el dolor. Parecía que estaba más allá de todo, parecía intocable. Él y su música: el resto no importaba.

“No tenés que pensar que yo soy infeliz: nunca lo seré.” Me dejó de piedra, aquella frase. Tenía la cara de quien no bromea cuando la dijo. Uno que sabía bien adónde iba. Y que llegaría. Era como cuando se sentaba al piano y comenzaba a tocar, no había dudas en sus manos, y las teclas parecían esperar aquellas notas desde siempre, parecían que estuvieran allí para ellas, y sólo para ellas. Parecía que estaba inventando ahí mismo: pero en alguna parte, en su cabeza, aquellas notas estaban escritas desde siempre.

Ahora sé que aquel día Novecientos había decidido sentarse ante las teclas blancas y negras de su vida y comenzar a tocar una música absurda y genial, complicada pero bella, la más grande de todas. Y que con aquella música bailarían lo que le quedaba de vida. Y que nunca habría de ser infeliz.

Yo, bajé del *Virginian* el 21 de agosto de 1933. Había subido seis años antes. Sin embargo me parecía que hubiera pasado una vida. No bajé por un día o por una semana: bajé para siempre. Con los documentos de desembarco, y la paga retrasada y todo el resto. Todo en regla. Había terminado con el Océano.

No significa que no me gustara aquella vida. Era un modo extraño de cerrar cuentas, pero funcionaba. Sólo que no lograba pensar verdaderamente que pudiera continuar para siempre. Si sos marinero, entonces es distinto, el mar es tu puesto, podés quedarte ahí hasta reventar y está bien. Pero uno que toca la trompeta ... Si tocás la trompeta, en el mar sos un extranjero y siempre lo serás. Tarde o temprano, es justo que vuelvas a casa. Mejor antes, me dije.

“Mejor antes”, le dije a Novecientos. Y él entendió. Se veía que no tenía ningunas ganas de verme bajar por aquella escalerilla, para siempre, pero decírmelo, no me lo dijo

nunca. Y era mejor así. La última noche, estábamos allí tocando para los acostumbrados imbéciles de primera clase, vino el momento de mi solo, comencé a tocar y después de algunas notas sentí que el piano me acompañaba, muy bajo, con dulzura, pero tocaba conmigo. Seguimos juntos y yo tocaba lo mejor que podía, Dios, no era Louis Armstrong, pero tocaba bien, con Novecientos atrás que me seguía a todas partes, como sabía hacer él. Nos dejaron seguir así por un buen rato, mi trompeta y su piano, por la última vez, allí, diciéndonos todas aquellas cosas que no se pueden decir con palabras. Alrededor, la gente seguía bailando, no se dio cuenta de nada, no podía darse cuenta, qué sabían, seguían bailando, como si no pasara nada. Quizás alguno le haya dicho a otro: “Mirá ese con la trompeta, qué gracioso, está borracho, o está loco. Mirá aquel con la trompeta, toca y llora.”

Cómo siguieron las cosas después que bajé de allí; esa es otra historia. Tal vez habría llegado a hacer algo bueno si no se hubiera metido la guerra en medio, también ella. Es algo que complicó todo, no se entendía nada. Había que tener un gran cerebro para sobreponerse. Había que tener las cualidades que yo no tenía. Yo sabía tocar la trompeta. Es sorprendente lo inútil que es tocar la trompeta cuando estás en medio de una guerra. Y la tenés encima. Que no te suelta. Como sea, del *Virginian* y de Novecientos no supe más nada, por años. No que me hubiera olvidado, seguí acordándome siempre, a veces me preguntaba: “Quién sabe qué haría Novecientos si estuviera aquí, qué diría, ‘a la mierda la guerra’, diría”, pero si lo decía yo no era lo mismo. Las cosas estaban tan mal que cada tanto cerraba los ojos y me iba allá arriba, a la tercera clase, a escuchar a los inmigrantes que cantaban la Ópera y a Novecientos que tocaba quién

sabe qué música, sus manos, su cara, el Océano alrededor. Vivía de fantasías y de recuerdos, es lo único que te queda, a veces, para salvarte, no hay otra cosa. Un truco de pobres, pero funciona siempre.

Aquella era una historia terminada. Después un día me llegó una carta, me la había escrito Neil O'Connor, aquel irlandés que bromeaba continuamente. Pero esa vez era una carta seria. Decía que el *Virginian* había vuelto de la guerra hecho pedazos, lo habían usado como hospital, y al final estaba tan deteriorado que habían decidido hundirlo. Habían desembarcado en Plymouth la poca tripulación que quedaba, lo habían llenado de dinamita y tarde o temprano lo llevarían a aguas abiertas para mandarlo a pique: bum, y fuera. Luego había una posdata: “¿Tenés cien dólares? Te juro que te los devuelvo.” Y debajo, otra posdata que decía: “Novecientos, no te creas que desembarcó.” Sólo aquello: “Novecientos, no te creas que desembarcó.” Durante días leí y releí la carta. Luego tomé el tren que iba a Plymouth, fui al puerto, busqué el *Virginian*, lo encontré, le di un poco de plata a los guardias, subí al barco, lo recorrí todo, bajé a la sala de máquinas, me senté sobre una caja que tenía aspecto de estar llena de dinamita, me saqué el sombrero, lo puse en el piso y me quedé allí, en silencio, sin saber qué decir /

Quieto allí a mirarlo, quieto allí a mirarme /

Dinamita también bajo su culo, dinamita por todas partes /

Danny Boodmann T. D. Lemon Novecientos /

Dirías que sabía que habría llegado, como sabía siempre las notas que tocarías y ... /



*Novecientos*

Con aquella cara envejecida, pero en una manera bella,  
sin cansancio /

Ninguna luz en el barco, sólo la que se filtraba de afuera,  
quién sabe cómo era la noche /

las manos blancas, el saco bien abotonado, los zapatos  
lustrados /

Él no había bajado /

En la penumbra parecía un príncipe /

No había bajado, habría saltado junto a todo el resto, en  
medio del mar /

Gran final, todos mirando, desde la escollera, y desde la  
costa, el gran fuego de artificios, adieu, abajo el telón, humo  
y llamas, una gran ola, al final /

Danny Boodmann T. D. Lemon /

Novecientos /

En aquel barco tragado por la oscuridad, el último recu-  
erdo de él es una voz, como si sólo, lentamente, hablara /

/

/

/

/

/

*(El actor se transforma en Novecientos)*

/

Alessandro Baricco

/

/

/

Toda aquella ciudad ... no se veía el fin ... /

El fin, por favor, ¿se podría ver el fin? /

Y el ruido /

Sobre aquella mil veces maldita escalera ... era muy bello, todo ... y yo era un grande con aquel sobretodo, impresionante, y no tenía dudas, estaba garantizado que habría bajado, no había problema /

Con mi sombrero azul /

Primer escalón, segundo escalón, tercer escalón /

Primer escalón, segundo escalón, tercer escalón /

Primer escalón, segundo /

No es lo que vi lo que me detuvo /

Es lo que *no* vi /

¿Podés entenderlo, hermano?, *es aquello que no vi* ... lo busqué pero no estaba, en toda aquella ciudad sin límites había de todo menos /

Había de todo /

Pero no había un fin. Lo que no vi es dónde terminaba todo aquello. El fin del mundo /

Ahora pensá: un piano. Las teclas comienzan. Las teclas terminan. Sabés que son 88, sobre esto nadie puede engañarte. No son infinitas. *Vos sos* infinito, y dentro de aquellas

teclas, infinita es la música que podés tocar. Son 88. Vos sos infinito. Esto me gusta. Esto se lo puede vivir. Pero sos vos /

Pero si subo a aquella escalerilla, y delante de mí /

Pero si subo a aquella escalerilla, y delante de mí hay un teclado de millones de teclas, que no terminan nunca y aquel teclado es infinito /

Si aquel teclado es infinito, entonces /

En aquel teclado no podés tocar ninguna música. Te sentaste en un taburete equivocado: aquel es el piano en el que toca Dios /

Cristo, ¿pero veías las calles? /

Aunque sólo fueran las calles, había miles, cómo hacen ahí abajo para elegir una /

Para elegir una mujer /

Una casa, una tierra que sea de ustedes, un paisaje para contemplar, un modo de morir /

Todo aquel mundo /

Aquel mundo encima, que ni siquiera sabés dónde termina /

Y todo lo que hay en él /

¿No tienen miedo, ustedes, de terminar en mil pedazos, sólo de pensar en aquella enormidad, sólo de pensar? De vivirla ...

Yo nací sobre este barco. Y aquí el mundo pasaba, pero de a dos mil personas a la vez. Y deseos había también aquí, pero no más de los que entraban entre una proa y una popa. Tocabas tu felicidad, en un teclado que no era infinito.

Alessandro Baricco

Yo aprendí así. La tierra es un barco demasiado grande para mí. Es un viaje demasiado largo. Es una mujer demasiado bella. Es un perfume demasiado fuerte. Es una música que no sé tocar. Perdónenme. Pero no bajaré. Déjenme volver atrás.

Por favor /

/

/

/

/

/

Ahora tratá de entender, hermano. Tratá de entender, si podés /

Todo aquel mundo en los ojos /

Terrible pero bello /

Y el miedo que me llevaba hacia atrás /

El barco, de nuevo y para siempre /

Pequeño barco /

Aquel mundo en los ojos, todas las noches, de nuevo /

Fantasmas /

Podés morir si los dejás actuar /

Las ganas de bajar /

El miedo de hacerlo /

Te volvés loco, así /  
Loco /  
Algo tenés que hacer y yo lo hice /  
Primero lo imaginé /  
Después lo hice /  
Cada día durante años /  
Doce años /  
Miles de momentos /  
Un gesto invisible y lentísimo. /

Yo que no fui capaz de bajar de aquel barco, para salvarme descendí de mi vida. Un escalón después de otro. Y cada escalón era un deseo. Para cada paso, un deseo al que le decía adiós.

No estoy loco, hermano. No estamos locos cuando encontramos el sistema para salvarnos. Somos astutos como animales hambrientos. La locura no tiene nada que ver. Eso es genio. Es geometría. Perfección. Los deseos estaban arrancándome el alma. Podía vivirlos, pero no lo logré.

Entonces los he *encantado*. Y de a uno los dejé detrás de mí. Geometría. Un trabajo perfecto. Todas las mujeres del mundo las he encantado tocando una noche entera para *una* mujer, *una*, la piel transparente, las manos sin una joya, las piernas finas, hacía ondear la cabeza al ritmo de mi música, sin una sonrisa, sin fruncir el ceño, nunca, una noche entera, cuando se levantó no fue ella quien salió de mi vida, fueron todas las mujeres del mundo. El padre que nunca seré lo he encantado viendo morir un niño, durante días, sentado a mi

lado, sin perder nada de aquel espectáculo tremendo y bellísimo, quería ser la última cosa que viera en el mundo, cuando se fue, mirándome a los ojos, no fue él quien se fue, fueron todos los hijos que nunca he tenido. La tierra que era mi tierra, en algún lugar del mundo, la he encantado sintiendo cantar a un hombre que venía del norte, lo escuchabas y veías, veías el valle, los montes alrededor, el río que descendía lentamente, la nieve en invierno, los lobos en la noche, cuando aquel hombre terminó de cantar terminó mi tierra, para siempre, en cualquier parte estuviera. Los amigos que he deseado los he encantado tocando para vos y con vos aquella noche, en la cara que tenías, en los ojos, los he visto, a todos, mis amigos queridos, cuando te fuiste, se fueron con vos. Dije adiós a la maravilla cuando vi los enormes iceberg del Mar del Norte desplomarse vencidos por el calor, dije adiós a los milagros cuando vi reír a hombres a quienes la guerra había destrozado, dije adiós a la rabia cuando vi llenar este barco de dinamita, dije adiós a la música, a mi música, el día que logré tocarla toda en una sola nota en un instante, y dije adiós a la alegría, encantándola, cuando te vi entrar aquí. No es locura, hermano. Geometría. Es un trabajo de cincelado. He desarmado la infelicidad. He quitado de mi vida todos los hilos de mis deseos. Si pudieras recorrer hacia atrás mi camino, los encontrarías uno después de otro, encantados, inmóviles, detenidos allí para siempre, para señalar la ruta de este viaje extraño que a ninguno le conté, más que a vos /

/

/

*(Novecientos se aleja hacia las bambalinas)*

*Novecientos*

/  
/  
/

*(Se detiene, se da vuelta)*

Ya me imagino la escena, cuando llegue allá arriba, el que busca mi nombre en la lista y no lo encuentra.

“¿Cómo dijo que se llama?”

“Novecientos”

“Nosjinskij, Notarbartolo, Novalis, Noza ...”

“Es que nací sobre un barco.”

“¿Perdón?”

“Nací en un barco y también morí en él, no sé si está ahí ...”

“¿Naufragio?”

“No. Explotó. Seis quintales y medio de dinamita. Bum.”

“Ah. ¿Todo bien, ahora?”

“Sí, sí, perfecto ... es decir ... sólo este asunto del brazo ... se perdió un brazo ... pero me aseguraron ...”

“¿Falta un brazo?”

“Sí. Sabe, en la explosión ...”

“Debería haber un par por ahí ... ¿cuál es el que le falta?”

“El izquierdo.”

“Ahia.”

“¿Habría?”

“Me temo que haya dos derechos, ¿sabe?”

“¿Dos brazos derechos?”

“Sí. En tal caso, ¿Ud. tendría problema en ...”

“¿En qué?”

“Quiero decir, si tomase un brazo derecho ...”

“¿Un brazo derecho en lugar del izquierdo?”

“Sí.”

“Mah ... no, en definitiva ... mejor uno derecho que nada ...”

“Es lo mismo que pienso yo. Espere un momento, se lo traigo.”

“En todo caso vuelvo dentro de unos días, por si le llegó uno izquierdo.”

“Mire, tengo uno blanco y uno negro ...”

“No, no, un solo color ... no tengo nada contra los negros, eh, es sólo cuestión de ...”

Mala pata. Toda una eternidad en el Paraíso, con dos manos derechas. (*Con voz nasal*) ¡Y ahora hagamos la señal de la cruz! (*Comienza a hacerlo pero se traba. Se mira las manos*) No sabés cuál usar. (*Duda un instante, luego se hace un veloz signo de la cruz con ambas manos*) Toda una eternidad, millones de años, haciendo el papel del tonto. (*Vuelve a hacerse la señal de la cruz con las dos manos*) Un infierno. En el Paraíso. No hay nada de qué reírse.



*Novecientos*

*(Se da vuelta, va hacia las bambalinas, se detiene un paso antes de salir, se da vuelta hacia el público: le brillan los ojos)*

Cierto ... pero sabés qué música ... con aquellas manos, dos, derechas ... si hay un piano ...

*(Vuelve a ponerse serio)*

Es dinamita lo que tenés debajo del culo, hermano. Levantáte y andáte. Se terminó. Esta vez se terminó en serio.

*(Sale)*

FIN